



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11870

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula.—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 4 DE OCTUBRE DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Camarlin 61; y J. Joues, Faubourg-Montmartre, 31.

Alabanzas

As merece cumplidas el ministro Instrucción pública por el discurso pronunciado en el Paraninfo la Universidad madrileña con motivo de la inauguración del curso escolar.

Este discurso es la explicación del decreto sobre enseñanza publicado en algunos meses. Es la defensa de ese mismo decreto y si al abrir las Cortes algunos representantes plantearan la cuestión de enseñanza para combatirlo, el Sr. Romanones no tendrá que hacer más que repetir lo que ha leído el día primero del corriente ante los profesores y alumnos de la Universidad central.

El efecto producido en la prensa es que ese discurso no es, como los otros, una oración bonita para salir del paso. Es algo más serio, algo que satisface, que convencido á quien lo escucha si es estudiante y pasó desde la escuela de primeras letras, pasando por el Instituto, á aquella obra en la que se aprenden los conocimientos que han de ser en el campo de la vida armas para salir airoso.

El cuadro de la enseñanza en sus últimos grados, lo ha expuesto el ministro con toda verdad; y como hablaba á convencidos—y convencidos somos todos los que hemos usado las aulas y sabemos lo que pasa en ellas—nos ha ido recordando escenas que hemos visto actores cuando asistíamos á la clase de párvulos y luego á la de adultos y después á la segunda enseñanza y más tarde á la enseñanza superior.

No se estudiaba y el conde de Romanones quiere que se estudie. Quiere que siga sucediendo lo que ahora que hay que apretar á la hora de curso para hacerse de los co-

nocimientos precisos para sortear con fortuna el escollo del examen.

Verdad más grande no se ha dicho nunca y por eso se ha captado el ministro el aplauso de todos.

El discurso por él pronunciado lo ha juzgado la prensa y no solo la que le es devota por deberes políticos, sino la independiente y la que milita en campos opuestos, le han dedicado muchas frases de elogio. Hasta «El Liberal» que tuvo para él amargas censuras por su propósito de establecer tribunales de honor en el profesorado, echa á vuelo la campana más grande para tocar á gloria.

La obra del ministro de Instrucción pública es digna de esas alabanzas. Su fé merece plácemes. Sus alientos regeneradores merecen ser sostenidos por cuantas personas sienten de verdad el deseo de que la patria se transforme; porque no hay que dudar que si España ha de regenerarse, ha de ser por el camino que prepara el ministro que dirige la instrucción: por la enseñanza.

A los aplausos de nuestros colegas unimos el nuestro, modesto pero fervoroso; esperando que no sea esta la única vez en que la prensa periódica coincida para tributar alabanzas.

EN CHINA

Prisioneros rusos.

Durante la última guerra de China las tropas rusas han estado en contacto con los boxers y rebeldes chinos con mayor frecuencia que los de otras potencias; y esto explica lo abundante que, en la literatura militar rusa, son las anécdotas á aquella campaña referentes.

He aquí una de ellas, sacada del periódico «Kharviedchik», que demuestra la crueldad de los chings para con los prisioneros que caen en sus manos:

«El soldado Berezovskii, que al comenzar la insurrección formaba parte de un destacamento mandado al socorro de Liao-Yan, cayó en poder de los chinos durante una acción librada cerca de aquel pueblo.

Hallándose en la línea de fuego, fué derribado y pisoteado por la caballería enemiga, y perdió el conocimiento. Vuelto en sí, sintió horrorizado que los chinos hundían puñales en su cuerpo y le cortaban las orejas. En esto, apercibíronse de que vivía aún y le hicieron prisionero, robándole cuanto tenía encima, agarrándole y llevándole á la plaza de una población inmediata, donde Berezovskii fué obligado á arrodillarse, le ataron las piernas y un chino rompió de un sablazo el cuello de su «xaroueo».

Pensaba el pobre ruso que iban á decapitarle cuando, con gran sorpresa de su parte, fué desatado. Díjole orden de levantarse y, con la mayor solemnidad fué conducido á Liao Yan, precedido de algunos chinos que atronaban los aires con sus trompetas.

«¿Y para qué todo esto?»—dirá el lector.—Pues para imponerle esta suplicio. Conducido á un cuartel, se le colgó á un poste por el pelo y las manos, allí permaneció varias horas, hasta parecer ante un funcionario que, después de interrogarlo, le mandó á la cárcel y le hizo encadenar á un pilar donde pasó la noche. Al día siguiente fueron decapitados él y otros dos soldados rusos.»

DESDE MADRID

SUMARIO: Cuatro verdades.—Sociedad de Autores dramáticos.—El feudalismo del capital y la inteligencia.—Los azucareros y los dramáticos.—Origen del poder.—El Derecho civil.—Los guardias.—Filosofía.—La política.

Señor Director: Muy señor mío: Si sólo se escribiese de aquello que se entiende y se domina, correrían gran riesgo muchas publicaciones de aparecer en blanco; de un lado esta consideración, y de otro la de que no he sido, ni soy, ni es posible que yo sea, autor dramático, me deciden á echar mi cuarto á espaldas en la actualidad, que podría llamarse, nueva y llamante Sociedad de Autores dramáticos.

Y sin ánimo de molestar á nadie, y únicamente con el objeto de que los periódicos de provincias, para muchos de los cuales escribo hace diez años, conozcan y discutan este asunto, que podrá ser excelente, pero que nos han dado ya, mucho, hecho y bonobando los grandes periódicos de la corte, hago esta carta, teniendo también presente

que no sólo en Madrid hay autores dramáticos.

La nueva Sociedad es una prueba más de lo que yo he llamado muchas veces el feudalismo del capital; y más todavía de cómo en esta época de libertades y progresos, el individuo no es absolutamente nada, y en cambio, la Sociedad y la Asociación lo son todo, y todo lo tiranizan y lo absorben.

De la misma manera que los más ricos de los azucareros ó de los siderúrgicos, se imponen á los que con voluntad ó iniciativa tienen un ingenio pequeño ó una forja catalana; de la misma manera que el petróleo está en el mundo sólo en manos de unas cuantas grandes compañías; del mismo modo los autores dramáticos, ó entran en la Sociedad ó no verán nunca representadas sus obras.

Prescindamos de cuál sea el origen del derecho que ha ejercitado la junta, que se constituyó á sí misma y comenzó á legislar en nombre de todos sin haber consultado previamente á sus representados, y demos por bueno que la nueva Asociación de Autores se ha constituido por una especie de pacto tácito, como decían los tratadistas de derecho del pasado siglo, que se constituyó la sociedad humana; por aquel pacto presunto, en virtud del cual se cedían una parte de los derechos para que otros fueran respetados, á lo cual contestaban los partidarios del contrato social diciendo que era notabilísimo que por pacto presunto estableciese un ciudadano que tenían el derecho de ahorcarse.

Haciendo caso omiso, repito, de los orígenes del poder ejercido por la junta que se nombró á sí misma—origen en España de casi todas las soberanías—me parece que tal como están constituidas las cosas, con la formación de esta Sociedad se ha venido á echar abajo parte del Derecho civil del país, puesto que sustituyéndose la Asociación á la voluntad de los Asociados—por pacto presunto y anticipándose á las sentencias de los Tribunales y á la moral universal, ha establecido que todos los autores pagarán sus deudas y hasta en la forma que han de pagarlas; con lo cual ejerce una saludable tutela, que no por moralísima, jurídica y financiera, adquiere el carácter de tutela legal; es, como decían los antiguos, una especie de tutela dativa, es decir, que les dan á los autores.

De algunos sé que, á propósito de la Sociedad, recordaba á un par de botas de

Guardia Civil que en un puesto del Rastro ostentaba este letrero: «Nos venden».

Ya sé que esta genialidad no prueba nada; y realmente en estos momentos de luna de miel, entre la Sociedad, los autores, los directores artísticos de todos los teatros—que todos parecen uña y carne de la junta misma,—estas observaciones hechas, sobre todo, por un congreso de mi tamaño, han de tener poquísima resonancia; pero, ¡qué demonio!, pequeña es una bellota y llega á producir un encinar.

Y esto de las bellotas no lo echen ustedes á mala parte, porque muy sinceramente reconozco el talento, la brillantez, el fósforo que acompañan á los iniciadores de la idea, que con este sindicato intelectual y con las mallas de la más exquisita previsión, lo que es al autor molesto que necesita unas pesetas, ó al que comience á escribir para el teatro, le han abierto de par en par las puertas del Parnaso y del Hospicio.

Es verdaderamente curioso cómo la Libertad y la Asociación conducen en los tiempos modernos roca y seguramente al monopolio, que es como ustedes saben, la representación genuina de la razón y del libre albedrío.

Para que las acciones de la Sociedad suban tanto como las de la Tabacalera, debían crear también un cuerpo de vigilantes armados que, así como aquellos arrancan y destruyen las plantas de tabaco, asedian á éstos, como decía D. Pelegrín García de la Cadena allá en los tiempos prehistóricos, el ondebale arbolillo del genio de comenienzo.

La política lo invade todo, así como el que no va á los comedores y á las íntimas reuniones de Sagasta, Silvela, Montoro Ríos, Weyler, Vega de Armijo, Gamazo, Moret, Villaverde, y los demás conspicuos inteligentísimos de la política española, tienen la seguridad, no sólo de no ser Diputados ni Senadores, sino que ni aún concejales ni algaciles, del mismo modo, los que no estén con relaciones íntimas con los dioses mayores que á su vez extiende el tentáculo de su superior inteligencia, por todos los directores artísticos y por todos los escenarios de España, tienen la evidencia de quedarse para vestir imágenes.

Piensen los autores de provincias sobre todo lo que llevo indicado y algunas cosas más, y venga si es posible un poco de discusión, sobre esta materia que, repito, indudablemente informada en el derecho; la razón y el buen deseo, nos ha sido sin embargo pronunciada sin discusión previa, y

sabe lo que quiere, y ¡por Dios! que no está equivocado.

—¿Pero qué es lo que quiere?

—Quisiera que nos reuniésemos en este lugar inútilmente, es decir, que nuestra sociedad tuviese un objeto, pero se ríe de su objeto como de su discurso. Naturalmente que esta innovación llevaría por necesidad una infracción á la llamada libertad y á la indolencia que hasta ahora ha reinado en esta asamblea.

—¿Y cual es verdaderamente el fin de Augustinovicz?

—Literario y científico.

—Sería una cosa muy bonita.

—Te he dicho ya que tiene razón, pero que quiere, si hubiese propuesto otra cosa hubiera sido algo serio.

—¿Y él?

—Deja todo lo que toca á su propia ridiculez y degradación: ¡Ten cuidado Schwarz! Por lo que de tí sé, al menos, no estás aun estropeado y no te parece en nada á él, pero aquí de un modo á otro es fácil caer...

Gustavo dirigió una mirada á Augustinovicz, levantó los hombros nuevamente y continuó:

—Ese hombre está organizado de un modo extraño. Es una mezcla de bajezas y apetitos y de facilidad es-

para descubrir caminos y objetivos elevados—una eterna contradicción, una falta de equilibrio entre las aspiraciones y la fuerza para alcanzarlas—y entre tanto se arruina.

—En esto, algunos conocidos se aproximaron á Schwarz, y entre la risa y el ruido de las copas, la conversación se hizo general. Schwarz se informó sobre los particulares de vida de los estudiantes.

—¿Hacéis vida completamente común?—preguntó él.

—No, es imposible,—contestó uno de los presentes.

—No podemos tener todos las mismas ideas y las mismas tendencias, y según estas se forman los diversos grupos.

—Eso me parece un mal.

—No del todo. La unidad de pensamiento y de sentimiento es imposible en la vida escolar y sin la unidad no se puede llegar á nada de provecho.

—¿Pero las universidades alemanas?

—También allí se encuentran diversas sociedades y diversas reuniones. A menos entre nosotros se llegan á poner de acuerdo nuestros propios sentimientos y pensamientos en la vida práctica, porque precisamente la diversidad de los primeros genera la diversidad de la segunda.

—¿El acuerdo no es posible entre nosotros?

pauidad, muy rico y en sus tiempos el idolo de sus compañeros. Como hizo amistad con la vida no lo sé, porque sobre este particular hay diversas versiones pero lo seguro es que vivieron muy enamorados uno del otro. Ella era entonces una jovencita de dieciocho años, y cuando se decidió por último á casarse con ella, no puedes figurarte lo que hicieron sus padres con objeto de impedir semejante matrimonio. Pero Potkanski era un tipo enérgico, no se dejó intimidar y á pesar de todas las amenazas y obstáculos, la hizo suya, vivieron unidos durante un año, después un día fatal cayó él enfermo del tifus y murió, dejando á la vida en la miseria, porque la familia de Potkanski no quiso reconocerla nunca. Un niño que nació de amor, no tardó en seguir al padre, y la pobreita hubiese quedado sola en el mundo á no ser por Gustavo, que le impidió caer en la completa ruina.

—¿Qué hizo Gustavo?

—Hizo milagros. Con los miserables medios que poseía intentó un proceso contra la familia Potkanski y solo Dios sabe si lo hubiera ganado, porque tenía que habérselas con gente poderosa, noble y muy rica, pero se arrebató de tal modo é hizo tales cosas que la parte contraria, para evitar un escándalo, se obligó á pasar á la vida una pequeña pensión vitalicia.